

¿Cómo educáis en la fe a vuestros hijos?

(Entrevista)

LUIS RIESGO Y CARMEN PABLO

Luis Riesgo Ménguez y Carmen Pablo de Riesgo, psicólogos, son autores de diversos libros sobre temas familiares y educativos. Ese hecho unido a la experiencia que les da el ser padres de cuatro hijos, ha movido a SINITE a entrevistarles.

- Carmen y Luis, ¿cuáles son, en vuestra opinión, los rasgos más sobresalientes de una espiritualidad familiar rectamente entendida?

- Podríamos resumirlos en estos cinco puntos:

- espiritualidad enraizada en la vida ordinaria
- centrada en lo esencial
- en armonía con el año litúrgico
- entrelazada con la vida familiar
- que huya del anquilosamiento y de la rutina.

- Veamos con cierto detalle esos cinco puntos. En primer lugar -decís- "enraizada en la vida ordinaria..."

- Efectivamente. La espiritualidad es, sobre todo, una vivencia, una actitud ante las situaciones que la vida va presentando, ante los problemas que van surgiendo en el ámbito familiar, social y profesional. Esa actitud de los padres irá creando el adecuado clima religioso en el

hogar. Y los hijos irán abriéndose a la vida en un ambiente en el que, sin necesidad de sermones, comprenderán que Dios es algo muy cercano y muy importante en la vida, que se ha de contar con Él.

Así, desde pequeños, junto a sus padres y a través de sus padres, los hijos, insensiblemente y del modo más natural, irán recibiendo la fe entrelazada con el acontecer de cada día.

- *Pasemos al segundo punto: "espiritualidad centrada en lo esencial".*

- La vida religiosa de la familia estará en función de la formación de los cónyuges, de su trabajo, de la edad de los hijos, etc. No obstante, podríamos señalar tres aspectos esenciales, adaptables, en cuanto al modo concreto de hacerlos realidad, a las mil circunstancias de cada hogar: el Evangelio, la Eucaristía y la Virgen.

El Evangelio. Lectura habitual, y en común, a ser posible, de los esposos, será conocido por los niños en versiones adaptadas a su edad. Desde muy pequeños, de labios de sus padres, los hijos habrán escuchado la historia maravillosa del Niño que nació en Belén, de la huida a Egipto, del hijo pródigo, del Jesús que amaba a los niños, de la pasión y resurrección...

La Eucaristía será el corazón de la vida espiritual de cuantos integran la familia. En ella encontrarán los cónyuges las fuerzas que precisan para ir, sin desaliento, abriéndose camino en su difícil tarea de padres y educadores. Y los hijos, desde muy pequeños, sabrán que allí, en el Sagrario, está Dios. Y verán cómo papá y mamá se acercan y oran ante Él unos instantes. Y

cuando pasen unos años y sean "mayores" vivirán ilusionados su primera comunión. Y recordarán también aquel día en que el sacerdote trajo al Señor a casa porque el abuelo estaba enfermo...

La Virgen tendrá, asimismo, un lugar de honor en la espiritualidad familiar. No sólo por lo que ella significa en la economía de la salvación, sino también porque los demás -que nunca han dejado de ser niños- necesitan de una Madre que sea su refugio, su consuelo, su intercesora... Y los hijos la precisan más si cabe. En su misma niñez, cuando acostumbrados a esperar de su madre de la tierra todos los bienes, les parecerá lo más natural recibir de su madre del cielo otros de orden superior. Y en su adolescencia, etapa difícil en la que Ella será la Virgen pura que les dará fuerza en la lucha contra las pasiones que se despiertan impetuosas.

- *Tercera característica: "en armonía con el año litúrgico".*

- Lo cual se debe tener muy presente en dos momentos que, dentro del año, conmueven toda la vida de la comunidad cristiana: Navidad y Semana Santa.

La Navidad tiene que ser uno de los recuerdos más gratos que el niño guarde de su infancia. Y que espere con más ilusión. Y con él cuantos integramos la familia. Estando la razón más profunda de ello en el gozo que a todos nos embarga por el nacimiento de Quien trae la paz a los individuos, a los hogares y a las naciones.

Semana Santa marcará también, profundamente, la vida del hogar. No serán días de huida al mar o a la montaña olvidados del gran acontecimiento. Lo cual no quita que haya el debido descanso, pero armonizado

con las celebraciones litúrgicas y a ellas supeditado. La conmemoración de la institución de la Eucaristía y de la Crucifixión del Señor y la asistencia a la bellísima liturgia de la Pascua preparará todo el ambiente familiar para la alegría exultante del Domingo de Resurrección. Y, como en Navidad, vivir estos grandes acontecimientos a través de la lectura, en común, del Evangelio.

- *Cuarta característica: "entrelazada con la vida familiar".*

- La espiritualidad debe enraizarse en la vida de cada día y no ser algo artificiosamente sobreañadido. Se manifestará en las circunstancias ordinarias de la jornada: oración de la mañana y de la noche -sencilla, breve, sentida-; bendición de la mesa, lectura de unas líneas del evangelio -lectura que tiene lugar apropiado al final del Rosario, si la distribución familiar permite que esta práctica, tan recomendada por la Iglesia, congregue a todos al final del día-, misa y comunión juntos los domingos, fuente de fuerzas para la semana, ocasión de agradecer los beneficios y de pedir perdón por los fallos...

- *Finalmente, "que huya del anquilosamiento y de la rutina".*

- Y para ello:

Espiritualidad alegre: Desterremos el temor, la imagen de un Dios duro que está atento al menor de nuestros tropiezos. Esa imagen es falsa. Dios es Amor. Dios es Padre. Dios es Amigo. Dios es Perdón. Verdad que también es Justo, porque es la Perfección misma, pero por nosotros se hizo Niño en Belén, y vivió treinta años desconocido en Nazaret, y se entregó a la muerte en la Pasión, y se quedó entre nosotros en la Eucaristía, y

nos dio su Palabra en el Evangelio, y nos dio a su Madre, y nos dijo «la paz os dejo, mi paz os doy», «he venido para que tengáis vida y la tengáis más abundante», «no temáis, soy Yo», «os anuncio una nueva de grandísimo gozo»... **¡No hagamos una caricatura de la religión de la luz, de la paz, del amor y de la vida!** Y si lo hacemos, no nos extrañe después que nuestros hijos, ansiosos de luz, de paz, de amor y de vida, se alejen, engañados, de lo que piensan que no colma sus más íntimas aspiraciones.

Espiritualidad de acuerdo con los años: Llena de ingenua sencillez en la infancia, en armonía con la imaginación del niño, aunque sin faltar a la verdad. Y en la adolescencia, espiritualidad que no olvida el sentimiento ni descuida la voluntad. Y en la juventud, dando su debido lugar a la inteligencia que busca asentar debidamente la fe. Pero sin olvidar que la imaginación, el sentimiento, la voluntad y la inteligencia ni son exclusivos de unos años determinados -aunque cada uno de esos factores tenga en cada edad un lugar preponderante-, ni dejan de estar presentes en la misma espiritualidad de los adultos.

Espiritualidad que crezca y se renueve. En primer lugar con la oración de cada día. Pero también con la lectura de aquel libro, con aquella charla, con aquellos Ejercicios o convivencias... La espiritualidad, como vida que es, debe renovarse y crecer. No puede permanecer anquilosada. Pararse es retroceder. Y si esto es verdad en el caso de los padres, mucho más lo es en el caso de los hijos. Pretender que un muchacho siga aferrado a una espiritualidad infantil cuando ya es adolescente es pretender que siga usando un traje de niño cuando ya ha crecido. No le va y prescindirá de él.

- Hemos visto las características fundamentales de una sana espiritualidad familiar y algunos puntos sobre los que los padres deberíamos insistir para que la vida religiosa de nuestros hijos vaya afianzándose, transformándose así su fe de niño en fe de joven y después en fe de adulto. Pero la experiencia enseña que ese tránsito no siempre se hace con éxito. Y que son frecuentes los casos en que, en la adolescencia, las convicciones religiosas naufragan o al menos pasan por difíciles momentos.

- Efectivamente. La adolescencia es una etapa en la que ese bien precioso que es la fe tiene que sortear no pocos peligros. Quedó atrás el mundo de la infancia con sus tranquilas creencias. Ahora se presentan al adolescente numerosos interrogantes a la vez que, como consecuencia de su desarrollo fisiológico, le resulta difícil mantenerse fiel a determinadas normas morales. Sus estudios, sus lecturas, la influencia de algunos compañeros, el contacto con determinados profesores y su misma maduración intelectual, le plantean serias dificultades al trazar de armonizar sus ideas religiosas de niño con sus conocimientos de joven.

Y le surgen dudas:

- **por la propia reflexión:** "Si Dios es todopoderoso, ¿por qué consiente tanto sufrimiento?: enfermedades, niños subnormales, guerras de las que son víctimas tantos inocentes..."
- **por los estudios:** "Según la Biblia Dios creó el mundo en seis días, pero la Ciencia nos habla de las distintas épocas por las que pasó la Tierra; Dios hizo a Adán de barro, pero la evolución nos enseña que procedemos

del mono; Galileo sostenía que la Tierra giraba alrededor del sol y la Inquisición le persiguió porque tal creencia iba contra las enseñanzas de la Biblia..."

- **por su contacto con el mundo:** A través de las revistas, de la televisión, de los viajes, se da cuenta de que no todos los hombres piensan como él, de que muchos no creen, o tienen otra religión, o ideas totalmente distintas a las que a él le enseñaron...

- **por el proceder de quienes le rodean:** Tal persona, "muy católica", se pasa el día criticando a los demás; no falta a misa, pero es infiel a su cónyuge; encabeza las procesiones, pero da un salario mísero a sus obreros... Y, como contraste, aquella otra que nunca pisa la Iglesia, "es un caballero de pies a cabeza"...

- **por las pasiones que en él se despiertan:** "¿Por qué va a ser malo algo que la naturaleza me pide con tanta vehemencia? Además el reprimirse sexualmente puede hacer que me ponga enfermo, neurasténico, incluso que pierda mi virilidad. ¡Qué anticuados mis padres y qué absurda la Iglesia al pretender asustarme con imaginarios males y con el terrorífico infierno!"

Si a todas estas dificultades unimos la obsesión por lo sexual que se refleja en la televisión, en las revistas, en los cines y en los teatros; la Universidad descreída; el Estado preocupado no tanto por la moralidad pública como por "lo que piensan los electores" -sea o no correcto-; la falta de ideales de las generaciones adultas, ansiosas tan sólo de tener más y más, etc., etc., comprenderemos que las nuevas generaciones están llamadas a sortear, en lo tocante a su fe, unas dificultades muy superiores a las que tuvimos que

sortear nosotros. Dificultades agravadas por los libros que leen, los amigos que frecuentan, las pasiones que se excitan por los medios de comunicación, etc.

¿Resultado?: cuando nuestros hijos llegan a los 14, 15 ó 16 años, es frecuente que los padres observemos cómo se muestran remisos en acompañarnos a misa -"a mí no me dice nada"-, cómo van abandonando los sacramentos, cómo sus criterios dejan mucho que desear en relación con las creencias que en casa les fuimos inculcando... Y aunque no siempre lleguen a la afirmación tajante: "Papá, mamá: yo no creo en nada de eso, no tengo fe", se percibe con toda claridad que están atravesando serias dificultades.

- *¿Cómo deberían proceder los padres para evitar, si fuera posible, esa crisis de fe del adolescente?*

- Para evitarla -que será difícil, pues en mayor o menor grado siempre se dará- puede ser decisivo el ambiente familiar y el ejemplo, ambiente y ejemplo que harán que nuestros hijos vayan creciendo como vacunados ante esas dificultades. Es ésta una batalla en la que la preparación, la labor callada y paciente de los años anteriores, habrá sido decisiva.

- *¿Y si, pese a todo, la crisis llegara a plantearse?*

- Si, pese a todos nuestros esfuerzos, la crisis llegara a plantearse, actuemos con una inteligente prudencia. No sería bueno, por ejemplo, que forzásemos al hijo o a la hija a que vayan a misa o a que reciban los sacramentos, aunque tampoco procede que cedamos fácilmente ante sus primeras insinuaciones en tal sentido. No parece adecuado que lleguemos a situaciones violentas

por esta causa, pero ello no es obstáculo para que no perciban la tristeza que como padres nos embarga por su actitud incrédula y su abandono de unas creencias que tanto significan para nosotros. Que una y otra vez escuchen de nuestros labios -aunque nos digan que somos unos pesados- el consejo adecuado. ¡Cuántas veces esa semilla sembrada con paciencia y con amor, acaba dando fruto una vez que han superado estos años difíciles y alcanzado mayor madurez!

- Todo esto nos hace pensar en la importancia del diálogo...

- Sí: el diálogo, indispensable en la educación de los hijos, tiene aquí un papel relevante. En lugar de discutir, hacerles ver, de forma tranquila, que estas dificultades con las que ellos tropiezan fueron también conocidas por muchas personas que sobresalen en tal o cual rama del saber y que a su ciencia unen una profunda religiosidad. Esos hombres y mujeres que viven gozosamente su fe, también se enfrentaron a dudas semejantes y hallaron solución. ¿Y tantas figuras eximias en los campos del arte, de la ciencia, de la política, de la santidad, para las que la fe ha sido la fuerza que les ha sostenido y la luz que les ha iluminado? Es obvio que debieron encontrar solución a sus dificultades. Y razones para creer a pesar de las mismas: «La ciencia —decía Pasteur— me ha ayudado a tener una fe de bretón. Si mayores fueran mis conocimientos, más robusta aún sería mi fe».

Y es que, **aunque hay muchas cosas de nuestra fe que no vemos claras, lo que sabemos de Cristo nos basta para creer lo que de El no comprendemos.** Como cuando observamos, después que el sol se ha puesto, una cima iluminada por sus rayos: no contemplamos el

astro rey, pero sabemos con certeza que existe, aunque no le veamos, porque estamos percibiendo su luz reflejada en la cumbre de la montaña...

- *«Lo que sabemos de Cristo nos basta para creer lo que de El no entendemos...» ¿Qué puesto debe ocupar Cristo en la vida de nuestros hijos adolescentes?*

- El mismo que debe ocupar en la nuestra. Cristo debe ser el centro de nuestra vida. La fe de nuestros hijos y nuestra propia fe deben centrarse, por encima de todo, en el amor a una Persona: Jesús. Nuestra meta en la formación religiosa de los hijos no es otra que la de que lleguen a amarle apasionadamente, a hacer de El el mejor de sus amigos. El tiene que ser fuerza en sus debilidades, consejo en sus vacilaciones, perdón en sus caídas... —Tú, que tanto necesitas amar y ser amado— podemos decir a nuestro hijo—, abre el Evangelio. A través de ese libro le irás descubriendo y acabarás enamorado de El. Porque:

«Ningún hombre habló como ese Hombre
Ningún hombre enseñó como ese Hombre
Ningún hombre vivió y murió como ese Hombre
Ningún hombre amó como ese Hombre
Mírale, ámale y síguele: es Dios».

- *Carmen y Luis: gracias por vuestras palabras.*